



Jordi Esteva

El impulso nómada



Galaxia Gutenberg

JORDI ESTEVA

El impulso nómada

«Un día me iré y no me veréis más.» De niño, pronunciaba estas palabras como si a fuerza de repetir las lograra elevarme por encima del angosto valle. Gracias a los atlas, a los libros de geografía y a los mapas, me aislaba del mundo gris que me rodeaba y viajaba sin salir de la habitación. No sabía entonces que, al igual que los insectos que me fascinaban, un día conseguiría rasgar la seda que me atrapaba para desplegar las alas y volar siguiendo el impulso nómada que había germinado en mí y que se haría añicos la noche en que la policía secreta egipcia irrumpió en mi habitación de los Oasis poniendo fin a mi sueño.

Galaxia Gutenberg

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: octubre de 2021

© Jordi Esteva, 2021
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2021

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 11826-2021
ISBN: 978-84-18807-48-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Índice

1.	<i>Sputnik</i>	11
2.	Villa Rosa	35
3.	<i>Family life</i>	47
4.	No soy uno de los vuestros	79
5.	¡Ahora! ¡Ahora!	101
6.	¡Conéctate!, ¡sintoniza!, ¡lárgate!	113
7.	El ojo de Bengazi	127
8.	La decisión	143
9.	<i>Le Grand Tour</i>	159
10.	Espías afganos	177
11.	La fragancia del almizcle	197
12.	<i>Bum, bum, Shankar!</i>	225
13.	En busca de Kurtz	245
14.	La madre del mundo	283
15.	El soldado	295
16.	El café Zahret Al Bustán (Las flores del jardín).	311
17.	La cuarta pirámide	329
18.	Qahwat el Firan: El café de las Ratas	345
19.	Hacia los Oasis	365
20.	Bajo la constelación de Escorpio	395
21.	El oasis de Amón	419
22.	El cántaro se hace añicos	437
	Epílogo	465

*«Nuestros primeros recuerdos surgen de la oscuridad
como los borbotones de una poza que desde lo más profundo
terminan por alcanzar la luminosa superficie.»*

A Jordi Tresserras

A mi padre

*A mi hermana Rosa, cómplice de infancia,
que se fue de pronto sin que acabáramos de desentrañar
los misterios de la embrujada Villa Rosa*

*A Miko y a Jimi, que vigilan mi sueño y a la fiel Yoko.
A Pito y a Ivette, las reinas del patio*

Sputnik

Llueve. Una farola apenas ilumina la esquina. Las gotas juegan a contraluz y desprenden vapor al caer en la pantalla. Un coche solitario levanta el agua de los charcos. El sereno está fumando en un portal. En la noche de invierno, el humo del cigarrillo se confunde con el vaho de su aliento. ¿Soy yo, más de sesenta años después, el mismo que de niño observaba aquella escena, la primera de la que tengo recuerdo? He pasado largas décadas encerrado en un cuerpo que se ha ido transformando. ¿Cuántas células son las mismas? Y, sin embargo, creo que sí. En lo esencial, soy el mismo. Mirando hacia atrás, salvo en la larga etapa del colegio religioso, he hecho siempre lo que he querido, aunque el azar me jugó una mala pasada cuando fui encarcelado y expulsado de Egipto, el país que había elegido para vivir. Creo que siempre he escuchado la voz interior. No he traicionado mis sueños. Siguen siendo los mismos del niño que se extasiaba ante la naturaleza o soñaba con los atlas y libros de geografía y quería escaparse para conocer el mundo.

Cuando ascendí a las cimas de Socotra tuve la sensación de que había cumplido mi propósito en esta vida. Aquella isla, perdida en el Índico, era el último de los lugares de mis ensoñaciones de infancia que me faltaba por recorrer. A menudo, pienso que tras este libro ya lo habré dicho todo. No me gustaría repetirme. Me pasó igual con la fotografía cuando vi que ya no podía hacer cosas nuevas. ¿Me estará sucediendo ahora? Llega un momento en que ya no se avanza.

¿Acaso está nuestro destino decidido de antemano? ¿Estaría inscrita en el ADN, a grandes rasgos, nuestra personalidad? En ese

caso todo estaría predestinado. Sería el *maktub* árabe, lo que «está escrito». ¡Como si no pudiéramos escapar de tamaña maldición! El aprendizaje, el azar y la voluntad pueden enderezar, como por suerte lo hacen, el rumbo de nuestra vida. Somos un milagro absoluto de la combinatoria, fruto de la carrera de uno entre millones de espermatozoides para alcanzar a un único óvulo. Y cada uno de esos espermatozoides y óvulos provienen de hombres y mujeres que, a su vez, son fruto del más puro azar. Si hemos emergido de un negro océano, abierto los ojos y visto la luz, es por la probabilidad de una entre cientos de millones de combinaciones. Siento vértigo al pensar en todo ello, como el que sentí en el mar Rojo, en los oasis de Egipto o en Socotra, cuando contemplaba las constelaciones y una fuerza, contraria a la gravedad, me impelía hacia el firmamento. Sensación que ya conocía de niño cuando, en el tejado de Villa Rosa, la casa de la abuela en el pueblo de El Figaró, junto a mi hermana Rosa y a su amiga Mari Nuri, nos tendíamos a mirar fijamente las estrellas.



Laika, la perra astronauta

Buscábamos el *Sputnik 2* de los rusos en el que viajaba *Laika*, la perrita astronauta, a la que suponíamos mirando atenta a la Luna o quizá observando la Tierra desde las alturas. No sabíamos que el pobre animal había muerto a las pocas horas del lanzamiento. Durante décadas, las autoridades soviéticas silenciaron que aquel veloz punto luminoso en el cielo era en realidad su sarcófago.

Observábamos tan atentamente la Vía Láctea que cada estrella se convertía en cien, y cada una de las cien en otras tantas. Entonces nos hacíamos las eternas preguntas desde que el hombre se puso en pie en algún lugar de África, quizá en un rincón desolado del lago Turkana, de aguas de color jade infestadas de cocodrilos. ¿Quiénes somos? ¿De dónde venimos? ¿Hay vida después de la muerte? Preguntas tan antiguas como la épica de Gilgamesh, el primer relato literario conocido, en el que el joven e impetuoso rey de Uruk, desesperado por la muerte de su compañero Enkidu, decide partir a los confines del mundo en busca de la planta de la inmortalidad.

Un segundo recuerdo. Mi cara con un profundo corte tras emular al barbero de barrio que iba de casa en casa y cada mañana afeitaba a mi padre. Una herida cuya cicatriz me acompaña desde entonces. Aún me parece oír los gritos de mi madre ante un niño con la cara y el cuello ensangrentados, sosteniendo una afilada navaja.

Luego, el cine de la parroquia de San Elías, frente a una decaída mansión, apenas ocultada entre cedros y castaños, cerrada por una cancela de hierro con un cartel que descifraría unos pocos meses después, cuando aprendí el alfabeto: CASA DE HUÉSPEDES. Imaginaba un interior con cortinas, muebles y candelabros cubiertos de telarañas, donde no penetraba la luz ni los ruidos de la calle y solo se oían los chillidos de las ratas que se perseguían sobre las mesas y los sillones de mugriento terciopelo.

Mi padrino, el hermano de mi abuela, me sienta en sus rodillas frente a la pantalla. Un pianista improvisa un acompañamiento mientras aparecen Charlot o el Gordo y el Flaco. Apenas tengo

otros recuerdos de aquel hombre, tan solo su cálido afecto. En su regazo me siento arropado y querido como un gato.

No olvido la última vez que lo vi. Fue en su piso del Eixample de Barcelona, de pasillo interminable y paredes tapizadas. Estancias oscurecidas por tupidos cortinajes de olor a alcanfor en las que reina el *horror vacui*. Una multitud de personajes, encerrados en marcos de plata sobre mesas de nogal oscuro, me interrogan con los ojos espectrales de las fotos antiguas. Imágenes que parecen revelar el alma, fruto de las largas exposiciones de la época o de los flashes de magnesio. De aquellos familiares de miradas intensas solo quedan polvo y restos de huesos en los ataúdes. ¿Quiénes eran exactamente? Personas que ya cumplieron su ciclo. Todo acaba por desaparecer.

Algunas de aquellas fotos, como las de los álbumes que heredó mi madre, han acabado en mis manos y no reconozco a los personajes. Apenas distingo a mis abuelos, Joan y Adolfo, muertos antes de que yo naciera. No sé quién es la dama misteriosa de sobrio vestido cerrado hasta el cuello y bellos ojos redondeados, como los de las patricias del Fayum. Adivino una rica vida interior, tal vez turbulenta. ¿Sería Marina, la abuela paterna, de trágica vida, a la que tampoco conocí, que quiso poner fin a sus días, según dicen, tragando un puñado de alfileres? Tampoco sé quién es el caballero con la camisa arremangada junto a los aparejos de pesca, de rostro voluptuoso y labios carnosos. ¿Habría tenido muchas amantes? ¿Fue tal vez uno de aquellos señores de la burguesía catalana, de vida en apariencia modélica y noches de placer con alguna *corista* de un teatro de variedades del Paralelo? ¿O quizá había vivido una sexualidad reprimida, como el abuelo de un amigo a quien su cuñada sorprendió copulando con un empleado de almacén y se encargó de hacerle la vida imposible?

Cuando examinaba aquellas fotos antiguas pensaba que siempre estaría a tiempo de identificar a los personajes, pero hoy quienes podrían darme pistas han muerto. Si al fallecer los abuelos desaparecen cientos de relatos, cuando lo hacen los padres es como si se nos hubiera fundido un importante disco externo. Al

igual que ocurre en África, donde, en palabras de Amadou Hampâté Bâ, cuando se muere un anciano se quema una biblioteca entera.

Mi padrino yace en su lecho apenas iluminado por una lamparilla de pergamino. Respira con estertores. La nariz se le ha tornado más afilada, la tez, lívida, y los ojos, hundidos. En la mesilla de noche descansan un crucifijo, una virgen, frascos de medicamentos, un vaso y una jarrita de agua protegida de las moscas por una redecilla ribeteada de cuentas de vidrio. El olor es desagradable. Le han colocado un rosario entre las manos. Un cura, con la sobrepelliz blanca y una estola morada sobre la sotana, abre una cajita de plata y extrae el óleo de la extremaunción bendecido por el obispo la mañana del Jueves Santo. Acerca la cruz a los agrietados labios, que ya no reaccionan, y rocía con agua bendita la habitación y a los familiares. Unta sus dedos en el aceite consagrado y le hace tres señales de la cruz, en la frente, en la boca y en las manos, bisbiseando frases misteriosas en latín, lengua que oigo por primera vez. Mi padrino exhala el largo suspiro de la muerte. El médico acerca un espejo a su rostro y confirma que ha perdido el aliento. El sacerdote le cierra los ojos. Esa escena me perseguirá durante años.

Un recuerdo difuso va tomando forma a medida que escarbo en la memoria. Estoy en el parvulario. Desayunamos sucedáneo de chocolate. La lámina de nata y el olor a leche hervida me repugnarán para siempre. No nos dejan hablar y nos ponen música clásica para niños. *La sinfonía de los juguetes* de Haydn o *Pedro y el lobo* de Prokófiev. Ya entonces me encuentro solo, muy solo, sin relacionarme con los otros niños. Aislado, como si perteneciera a otra especie. Encerrado en un traje de buzo.

Un día viene un misionero que nos pasa películas rodadas por él mismo en el Alto Volta, la actual Burkina Faso. Me impresiona el poblado de chozas cónicas de palma; las mujeres, envueltas en vistosas telas, pilando grano con los niños sujetos a la espalda; las

ceremonias de máscaras y los altos zancos sobre los que se sostienen los danzantes. Otro día nos llevan a una exposición sobre las misiones de los franciscanos en China. Me llaman la atención las fotografías de los fumaderos de opio con hombres de rostros consumidos por el láudano que aspiran de largas pipas y las imágenes de las calles de un vetusto Hong Kong en las que los culíes descalzos tiran, como animales de carga, de *rickshaws* cargados de dos o más pasajeros. Pero sobre todo me inquieta la imagen de los presos en taparrabos arrastrando penosamente una gran barcaza desde una orilla del río Amarillo, vigilados por capataces con látigos. Tiran de sogas sujetas a la frente con una banda. Sus cuellos y sus rostros se muestran tan tensos que los músculos parecen romperse y las venas a punto de explotar.

Mientras escribo, logro rescatar un recuerdo agazapado durante décadas en algún pliegue del cerebro. En el parvulario había una Biblia ilustrada con expresivas imágenes: el profeta Elías elevándose a los cielos en su carro de fuego, Judit sosteniendo la goteante cabeza de Holofernes junto a la intrigante sierva o Jonás atrapado en el enorme estómago de la ballena que lo había engullido por orden de Yahvé al negarse a predicar en la idólatra ciudad de Nínive.



Fumadero de opio en Hong Kong, 1890 (foto de archivo)

ve entregada a Ishtar, la diosa de los placeres carnales. Pero nunca podía disponer del libro porque un alumno mayor me lo arrebató cada vez que me llegaba el turno. Un día la directora se dio cuenta y me dijo que a partir de entonces lo veríamos a solas en su despacho. Yo era un niño de grandes ojos y flequillo a lo Pablito Calvo, el héroe de *Marcelino, pan y vino*. La directora me tenía un cariño especial, y cuando me llamaba me colocaba sobre su regazo y, con pequeños movimientos de sus piernas, mientras soltaba frases como «¡arre caballito!», conseguía hacerme resbalar a lo largo de sus muslos hasta apretarle el sexo con las nalgas. Yo no me atrevía a huir. Me desagradaba su proximidad y su aliento en mi cuello. Y más aún, cuando acelerando sus movimientos, comenzaba a jadear mientras yo sentía con creciente intensidad aquel olor acre que surgía de debajo de su falda. Pasados unos minutos me decía que ya podía irme al patio.

Hoy me parece recordar el momento en que tomo conciencia de existir. Me materializo de golpe en la calle Balmes 296, cerca de la plaza Molina, en el límite entre el barrio burgués de Sant Gervasi y el menestral de Gràcia. Observo los rostros de mis padres y de mi abuela. ¿Qué hago yo en esta familia? ¿Tengo algo que ver con ellos? Me parece raro lo que hacen y dicen, como si no fueran ellos mismos y estuvieran representando una función. La abuela, que vive en el piso contiguo, tiene un salón de muebles dorados como los que vería décadas más tarde en las casas de El Cairo. Pero con una diferencia: en casa de la abuela nadie se sentaba en ellos; en El Cairo sí, aunque conservaban siempre el plástico transparente que protegía el tapizado.

Cada noche, mi madre me pone una pieza de Edvard Grieg que evoca el amanecer en los fiordos. Le pido escucharla una y otra vez. Cierro los ojos y revivo la sensación del primer amanecer visto desde la ventana. Es verano y estamos en Villa Rosa. La noche da paso a una penumbra azulada. Poco a poco los árboles comienzan a dibujarse en la niebla. Aparecen los primeros rayos de un sol que asoma tímido por encima de la montaña y, como una varita mágica, en pocos segundos lo tiñe todo de oro. Una oropéndola amarilla de

alas negras se posa en una rama y canta. Pasados unos minutos, el sol aparece ya decidido y el maravilloso pájaro alza el vuelo.

Mi padre anuncia que han abierto un nuevo negocio en el edificio, el bar Cristal. Pronto cogerá solera porque también es librería y bajo mano se venden libros prohibidos en aquella época. Un día, me trae un gran ejemplar que nada más hojearlo me fascina y todavía conservo. Se llama *Les merveilles du monde* y tiene fotografías a dos páginas de los templos de Angkor invadidos por la jungla, con sus estatuas estranguladas por raíces de inmensos árboles, la sorprendente Esfinge junto a las pirámides y la interminable Muro de China. Comienzan a despertarse en mí las ansias de partir. El impulso nómada.

Mi hermana Rosa y yo crecíamos al cuidado de dos *minyones* o chicas de servicio, como se las llamaba en aquella época. Hacían la vista gorda con nuestras travesuras a cambio de que no contáramos a nuestros padres que, en lugar de llevarnos al parque, nos metían en un cine de reestreno a ver interminables dramones argentinos o mexicanos. En aquellas películas, que me intrigaban por sus guiones imposibles, descubrí un mundo de pasiones desgraciadas que no sospechábamos, aislados como estábamos en nuestra burbuja de aparente felicidad burguesa que escondía las miserias de aquellos años de posguerra.

A Rosa y a mí nos fascinaban los zíngaros. Cada verano llegaban al pueblo con sus carromatos y acampaban junto a la Font dels Gitanos durante unos días. Nos encantaba observar a escondidas cómo, en el claro del bosque frente a la fuente, cortaban leña, encendían fuegos o cuidaban de los osos, que llevaban sujetos con una argolla que les taladraba la nariz. Antes de que llegaran al pueblo, alguien ya lo advertía a gritos: «*Que venen els gitanos!, que venen els gitanos!*», y las mujeres recogían las sábanas tendidas, encerraban a las gallinas que picoteaban en los patios y metían a los niños en las casas pues decían que solían raptarlos. Incluso que en una cueva cerca de Granollers habían encontrado esquele-



Mi hermana Rosa, hacia 1955

tos de niños, sujetos con grilletes, que habían sido devorados por los monos de los zíngaros.

Un día, a través de las verjas de Villa Rosa, una gitana le pidió limosna a mi madre, que leía en una tumbona. Embarazada de pocos meses, hizo como si no la oyera y, entonces, aquella mujer contrariada le echó una maldición. En aquellos años no existían los adelantos médicos de hoy y hasta el parto no supieron que el niño «venía mal», y nació muerto. La abuela siempre aseguró que había sido por culpa de aquella gitana y su mal de ojo. Mi padre se enfurecía y la tachaba de supersticiosa.

Los zíngaros leían la mano o hacían bailar a sus bestias a cambio de unas monedas. Eran odiados porque eran libres y diferentes.

«¡Parecéis gitanos!», exclamaba airada mi abuela cuando nos veía llegar a casa desgñados, cubiertos de barro y felices.

Siempre traían consigo grandes bobinas de celuloide, y al anochecer, en la plaza de la iglesia, proyectaban sobre una sábana un sinfín de maravillas, como *El ladrón de Bagdad* o *Las aventuras de Simbad el marino*. Los veraneantes llevaban sus propias sillas o taburetes y nosotros veíamos las películas desde el balcón de Mari Nuri, que daba a la plaza. Cada vez que cambiaban la bobina, pasaban una pequeña cesta donde cada cual dejaba la voluntad. A veces la proyección se detenía y surgía desde el centro del fotograma una monstruosa ameba que crecía y, en pocos segundos, derretía la imagen. «*Que es crema, que es crema!*» (¡Se quema, se quema!), gritaban. Entonces paraban la proyección y cortaban el celuloide por lo sano, tiraban las escenas perdidas para siempre y pegaban la película con esparadrapo. De modo que los viejos rollos estaban apedazados y la proyección tan llena de saltos que a menudo la historia resultaba incomprensible. Por no hablar de cuando equivocaban el orden de las bobinas, como solía suceder. A veces, cuando la escena era considerada demasiado atrevida, ¡en aquella época de férrea censura moral!, el operador desenrocaba las imágenes de los besos o de los castos baños en el río. La madre de nuestra amiga, la señora Ventura, aprovechaba esos minutos de confusión para ofrecernos buñuelos de viento hechos por ella y Zarzaparrilla 1001, una bebida antecesora de la Coca-Cola, ya que esta todavía no se comercializaba en España, un país al que las Naciones Unidas acababan de levantar el boicot internacional.

Los gitanos, sin duda, estimularon en mí las ganas de escapar de aquel mundo que me ahogaba. Aunque no quería acabar en una cueva devorado por un mandril, soñaba con que un día me raptarían para deambular por esos mundos de Dios, al cuidado de los osos o de los robustos percherones, durmiendo hoy aquí y mañana allá hasta llegar a algún puerto donde embarcarme como grumete en un velero árabe como el de las películas que proyectaban en la plaza del pueblo. Deseaba que me llevaran aquellos marinos

de amplios bombachos y vistosos turbantes lo más lejos posible de aquel triste valle donde apenas penetraba el sol. Vivir mil aventuras en mares cálidos y ciudades de alminares y palmeras, y jamás regresar.

El coche olía como ya no huelen los automóviles, a cuero y a madera, a gasolina mal refinada y a la grasa de los engranajes. Me subía al Citroën negro, llamado «pato», y aunque no alcanzaba a los pedales, simulaba conducir. Ponía la radio y buscaba una emisora árabe. En aquella época no existía la frecuencia modulada, y en Onda Media las emisoras del Magreb, sin más impedimentos que el mar, interferían con las locales.

En las interminables carreteras, bordeadas de altos y frondosos plátanos, a los niños nos daba por vomitar y mi madre nos rociaba la frente con la colonia de un rugoso bote azul de plástico que aún nos provocaba mayores arcadas. Mi padre se empeñaba en oír el fútbol o las noticias de Radio Nacional. Pero yo me resistía a cambiar de emisora y se enfadaba: «¡No sé a quién habrá salido este niño! ¡Quita eso de los “moros”!» A mí me gustaba lo de «los moros». Años más tarde, cuando la casualidad trajo a mis manos un disco de Um Kulzum, lo ponía a todo volumen una y otra vez con las ventanas bien abiertas para que se enteraran los vecinos de aquel desgarró que me hacía vibrar.

Me fascinaban las historias de Egipto que nos contaba mi padre. A mediados de los cincuenta, había viajado a aquel país invitado por un hombre de negocios de Alejandría que quería exportar algodón profiláctico, y le propuso a mi padre, que en aquella época distribuía productos farmacéuticos, que le ayudara a entrar en el mercado español. Mi padre pasó unos días en una mansión colonial junto al Nilo, a la que se accedía por una larga avenida de palmas reales. Me contaba que numerosos camareros nubios iban y venían con bandejas de comida y bebida, mientras unos elegantes jinetes hacían danzar a sus elegantes caballos árabes y una orques-

tina tocaba melodías populares. Con la revolución de Nasser, mi padre y su amigo alejandrino perdieron el contacto. Años después, viendo películas egipcias de los cincuenta, pensé que quizá alguna habría sido rodada en aquel lugar. Eran comedias, en soberbio blanco y negro, de grandes artistas como Asmahan, Farid el Atrash o Fati Hamama. En ellas, unas mujeres sofisticadas fumaban, bebían y lucían escotes que, aunque muy recatados, resultarían del todo inaceptables en la sociedad egipcia actual.

Mi padre nos embelesaba con sus historias de las pirámides. Nos suscribió a la revista *El Correo de la Unesco*, que cada mes traía noticias y fotografías de los templos que quedarían inundados, si la comunidad internacional no actuaba, con la construcción de la presa de Asuán. Recuerdo los fines de semana estivales cuando, al llegar de la ciudad a Villa Rosa, hacía sonar el claxon y nosotros nos lanzábamos a su cuello preguntando por la revista.

Las fotografías de aquellas maravillas nos sorprendían a mi hermana Rosa y a mí. ¡De modo que aquellos colosales monumentos existían! Teníamos reproducciones en yeso de las pirámides y de la Esfinge, hechas con el mayor cariño por el *senyor* Mestre, carpintero del pueblo de Teià, guardadas celosamente en cajas de zapatos y que cada Navidad colocábamos en un extremo del pesebre. Porque, tras la adoración de los reyes magos, quitábamos el establo y todas las figuras de la Sagrada Familia, los pastorcillos, el ángel de la gloria, el asno, el buey y el *caganer*, y las sustituíamos por las de san José que tiraba del asno, montado por la Virgen María sosteniendo al niño Jesús en brazos, con el fondo de las pirámides de Guiza y la Esfinge. Era la famosa huida a Egipto tras el decreto de Herodes de asesinar a los primogénitos de Israel. Nuestro pesebre permanecía expuesto unas pocas semanas más, hasta el día de la Candelaria, en que se tiraba a la basura el musgo seco, se enrollaba el cielo de papel y se guardaban hasta el año siguiente las montañas de corcho, las figuras, las palmeritas de hierro, la estrella de Belén y las maravillas de Egipto.

Un invierno mis padres nos llevaron a ver *Los diez manda-*

mientos y disfrutamos con cada minuto de aquella superproducción de Cecil B. DeMille, que nos mostraba aquel país de ensueño surcado por el Nilo, rodeado de palmeras bajo un cielo siempre azul o cuajado de estrellas. Ahora, mientras escribo, revivo la emoción de cuando mi padre traía colecciones de sellos con las imágenes de los monumentos de la Nubia que, como Moisés, iban a ser salvados de las aguas. Tampoco olvido el reportaje en la revista de la Unesco sobre el romántico templo de Philae, dedicado a Isis, que, antes de ser trasladado piedra a piedra, fue protegido con enormes diques de hormigón. En mi cabeza, Egipto era un lugar sobrenatural y mágico que sin embargo existía pues mi padre había viajado allí.

Recuerdo las crecidas del río Congost junto a Villa Rosa. Me atraía contemplar el agua turbulenta, de color chocolate, desde el puente de piedra rojiza que conducía al cementerio, junto a una réplica de un castillo medieval, construido por un indiano a inicios del siglo xx. Me quedaba clavado ante el río cuando después de la tormenta bajaba furioso entre las rocas formando remolinos. Para asustarnos, los mayores nos contaban que te succionaban y desaparecías para siempre. Yo me veía ya bajo el agua, atrapado por ramas y raíces muertas, golpeándome contra las rocas y luchando por salir a la superficie. Tal como me ocurriría cinco décadas después durante el descenso en kayak por un río de Colombia, cuando, al inclinarme sobre el agua para recoger el sombrero que una liana me había arrebatado, volqué y me quedé atrapado, durante segundos interminables, por las ramas de un árbol mientras sus raíces me agarraban las piernas como si tuvieran vida propia.

Con los años la mente se confunde, y ahora, al recordar aquel río de El Figaró, imagino paralelismos que en aquellos tiempos resultaban imposibles porque aún no había leído tal libro, visto tal o cual película ni vivido determinadas situaciones. Aquella visión de



Mi madre encabeza una procesión de mujeres acabada la guerra civil,
El Figaró

los remolinos de la infancia se entremezcla en el recuerdo con la de las algas enredadas en el cuerpo sin vida de Shelley Winters en *La noche del cazador*, con la del torbellino gigantesco del *maelstrom*, descrito por Poe y Julio Verne, capaz de engullir navíos enteros o con la de las manos que surgían del angustioso pasillo de *Repulsión*, tratando de atrapar a la desquiciada protagonista. Manos que yo imaginaba emergiendo del lodo para capturar a los incautos que osaban profanar el río.

En casa solían contar que, durante la guerra, los milicianos habían confiscado Villa Rosa. ¡Quién sabe lo que habría ocurrido en aquellas habitaciones! Allí llevaban a los detenidos para ser interrogados y seguro que en más de una ocasión se les habría ido el asunto de las manos. Por supuesto, yo de pequeño nada sabía de todo ello. Tardaría muchos años en comprender la dimensión

de lo sucedido en aquella villa, tan apacible en apariencia. Un paréntesis en el tiempo que todos intentaban olvidar, pero ¿guardan los edificios la memoria de los hechos acontecidos entre sus paredes?

Uno de nuestros vecinos era el *senyor* Cornet. Mi abuela estaba enfadada con él porque decía que nos robaba la fruta cuando de hecho se limitaba a cogerla de las ramas de la higuera y del ciruelo que, por encima de la valla, se adentraban en su propiedad. Un buen día harta de que, según ella, nos robara con descaro hizo cortar aquellas ramas por lo sano y la poda fue tan exagerada que el ciruelo enfermó y ya no volvió a dar fruta.

Otro vecino era el *senyor* Paco. El *Senyorpaco*, lo decíamos todo seguido porque creíamos que así era su nombre, había sido masovero de una gran masía que fue derribada para construir casas modernistas destinadas a los veraneantes. Ahora se ocupaba de esas viviendas y hacía trabajos menores. Era hombre parco en palabras y el aliento le apestaba a alcohol. Siempre lo vi vestido con el mismo raído traje de pana marrón y tocado con boina. Tenía la nariz roja y las mejillas plagadas de capilares rotos de tanto vino. No faltaban el palillo y el caliqueño en la boca. Tampoco las *espardenyés* de payés. Parecía salido de los carboncillos de Opisso de los mercados populares. Se mostraba siempre distante y con la mirada perdida. Incluso la palabra catalana *esquerp*, «huraño», se le quedaba algo corta. ¿Habrían llegado hasta su casa los gritos de los detenidos en Villa Rosa? ¿Tendría algún amigo, familiar o quizá un hijo entre los torturados o ajusticiados? Su mirada extraviada era la misma que la de la mujer desgreñada y andrajosa de la caseta de peones camineros abandonada en el camino del cementerio. Al igual que el *Senyorpaco*, apestaba a vino, y los mayores no querían que habláramos con ella. Cuando se nos acercaba, huíamos despaavoridos porque nos parecía una bruja. ¿Sería la madre de alguno de aquellos desdichados?

Una mañana de finales de septiembre, cuando el tiempo ya había cambiado, porque antes hacía mucho más frío, apareció el *Senyorpaco* flotando en la gran charca junto a Villa Rosa, que a mi

hermana y a mí nos inquietaba cuando la luna se reflejaba en sus aguas. Decían que su cuerpo estaba hinchado y que las carpas le habían mordisqueado las orejas y las culebras de agua le habían vaciado los ojos.

* * *

Eran años duros y difíciles para los vencidos. Y en casa, ¿qué eran? ¿Vencedores o vencidos? Era evidente que, como miembros de la burguesía, por más demócratas que se hubieran sentido al inicio de la contienda, sociológicamente pertenecían al bando de los privilegiados. Evitaban hablar de la guerra y jamás mencionaban a Franco. Crecimos sin saber nada de las razones del inmenso drama. Pasados unos años, mi padre y algunos de sus amigos comenzaron a verbalizar tímidamente sus sentimientos en contra del Régimen, que en aquellos tiempos de implacable represión debían ocultarse a toda costa. Una vez le oí comentar algo sobre la ejecución del líder comunista Julián Grimau y sobre la huelga de tranvías. Cuando me acerqué, cambiaron al instante de conversación y se pusieron a hablar de útiles de pesca. Existía un pacto de silencio en aquellos círculos burgueses, presos de sentimiento de culpa por haberse acomodado al franquismo. Comenzaban a obtener beneficios económicos porque era un país arrasado y quien conseguía acceder al difícil círculo del capital prosperaba de inmediato. Eisenhower acababa de visitar Madrid y el embargo internacional se había levantado. Aquella burguesía liberal y catalanista, era consciente del vergonzoso pacto con el diablo y, para acallar su conciencia, comenzaba a financiar movimientos clandestinos de cara a preservar la cultura catalana y evitar que la perseguida lengua milenaria se perdiera.

Mi abuela nos hablaba de las penurias de la guerra, que estalló en pleno mes de julio. Por seguridad, las familias de los veraneantes habían decidido quedarse en el pueblo durante la larga contienda y únicamente los hombres permanecían en Barcelona, donde las delaciones, acusaciones y desapariciones a media no-

che estaban a la orden del día. Cada fin de semana les parecería el último, tan poco valía la vida en aquella época en la que industriales y burgueses se habían convertido en enemigos del pueblo tras una década de ajustes de cuentas con asesinatos entre patronos y obreros.

Mi madre y sus amigas iban a las masías circundantes a por huevos, embutidos y hortalizas. A menudo no les aceptaban el dinero, que se devaluaba día a día, y se veían obligadas a pagar con pequeñas joyas o algún cubierto de plata. Se las ingeniaban como podían y solían acudir al mercado semanal de Granollers, donde a la madre de Mari Nuri y a unas amigas les sorprendió un bombardeo de la aviación de Mussolini, que provocó una terrible carnicería pues no fue advertido y no sonaron las sirenas de alarma. A partir de entonces, aquellas mujeres siempre recordarían con terror el estruendo de las bombas, los gritos de la gente, la sangre, los heridos, los muertos y el cuerpo decapitado por la metralla de la payesa a la que acababan de comprar verduras. Cualquier ruido violento, y sobre todo los truenos, les harían revivir el horror tanto a la madre de Mari Nuri como a la mía, a quien un día también le sorprendieron las bombas. Se quedó tan conmocionada que nunca quiso hablar de ese suceso.

Mis padres estaban inmersos en su vida social y apenas los veíamos, tan solo cuando nos daban un beso por la noche, porque siempre salían. «Mañana os prometo que nos quedaremos», decía mi madre, pero nunca era verdad. En realidad, estábamos al cuidado de la abuela y de las *minyones*. Mi madre andaba siempre demasiado ocupada en sus asuntos y mi padre era la autoridad lejana con cuya supuesta severidad y castigo nos amenazaban.

Resulta sorprendente lo poco cariñosos que eran los padres de aquella época y sus escasas muestras de afecto físico. Hablando con amigos de mi generación he comprobado que era algo común. En los oasis de Egipto, en Socotra o en Omán, me enternece ver a padres que besuqueaban y acariciaban a sus hijos y,

cuando se quedaban dormidos, los mantenían en su regazo mientras bebían té y charlaban con sus compañeros. Yo no tuve ese cariño. Era un niño solitario que cada noche, por más que me aterrorizara, cumplía el mismo ritual. Miraba debajo de la cama para asegurarme de que nadie se escondía ahí. También en el interior del armario. Me asaltaba la escena de una película en que las cortinas no ocultaban del todo los zapatos del asesino. Dormía solo y, tras la cena, temía el momento en que me enviaban a mi cuarto. En Villa Rosa, a pesar de mi corta edad, no me dejaban dormir con mis hermanas. En la soledad de mi habitación, oía el croar de las ranas de la charca donde se había ahogado el *Senyorpaco* y el insistente canto de los grillos. Las noches de calor dormía con la ventana abierta, agazapado en la cama para evitar la visión del falso castillo medieval que refulgía a la luz de la luna junto al río.

A veces me parecía oír voces o ruidos extraños, entonces me levantaba de la cama y me sentaba en lo alto de la escalera. ¡Si al menos me hubieran dejado tener un perro o un gato para hacer más llevadera la soledad de aquel dormitorio que me producía terror! Pero la abuela se negaba porque aseguraba que los animales eran asquerosos, *fastigosos* decía, y, además, traían un montón de enfermedades. Por la ventana en lo alto de la escalera la luna proyectaba en las paredes las sombras de las ramas del cedro del jardín y, mientras ululaba la lechuza en la buhardilla, bajaba los peldaños con sigilo por temor a que me descubrieran y me enviaran escaleras arriba sin contemplaciones. No me atrevía a entrar en la sala donde estaban los mayores. Algunas noches, tras la cena acudían el doctor Martí, con quien mi padre solía ir de pesca, y el señor Berdugo, que le enseñaba a navegar en el puerto de Barcelona. Los hombres bebían coñac y las mujeres, *anisette Marie Brizard* en coquetas copitas de cristal, considerado más apropiado para las damas, por su gusto dulzón, a pesar de su efecto demoledor. Yo pasaba de puntillas para ir a la cocina, donde aún había cierta actividad. Tras la limpieza de platos y ollas, la cocinera, mientras se bebía un enorme vaso de vino, me contaba

historias del Sacamantecas, un violador y asesino. Lo que aumentaba aún más mi desasosiego.

Una noche, todavía convaleciente de unas fiebres tifoideas, tras seguir el ritual de comprobar que no había nadie escondido en el cuarto, me tendí en la cama y cerré los ojos. Entrando ya en el sueño, sentí una presencia perturbadora. En la penumbra surgió lentamente el rostro de un joven con los ojos cerrados, cubierto de rasguños y moratones. Parecía muerto. Seguí en ese estado en el que uno no sabe si sueña o está despierto, cuando se me aparecieron otras caras. Impelido por el miedo, intenté moverme, pero estaba paralizado. Al cabo de un tiempo que no soy capaz de precisar, conseguí mover un dedo, luego otro y finalmente toda la mano; poco a poco sentí todo mi cuerpo y salí corriendo de la habitación.

En el jardín, las ramas del cedro restallaban sacudidas por un fuerte viento y, en el interior de Villa Rosa, sus sombras se colaban por la ventana de la escalera tratando de atraparme mientras me lanzaba peldaños abajo. Por fin alcancé el comedor. Al verme, mis padres, la abuela, el señor Berdugo y el doctor Martí, callaron de repente. El rostro de mi padre no era de enfado sino de preocupación. «*Què et passa, fill meu?*», me preguntaba una y otra vez, «¿Qué te pasa, hijo mío?». Quería contarle lo de las caras y las sombras, pero las palabras no acertaban a salir de mi boca y apenas podía tenerme en pie. El doctor Martí me hizo un rápido reconocimiento y diagnosticó que había sufrido una recaída de mi enfermedad. Además de la fuerte medicación, me hizo tomar media *luminaleta*, un potente barbitúrico que en aquella época se administraba con demasiada ligereza y que hoy está desaconsejado totalmente si no es para episodios agudos de epilepsia. Mi padre me cargó en brazos y me subió a la habitación, seguido de mi madre, la abuela y el doctor. Permanecieron junto a mí hasta que por fin me quedé dormido.

La única concesión de mis padres al terror nocturno fue comprarme una lamparita que, con una minúscula bombilla, permanecía encendida hasta el amanecer. Las noches de tormenta resultaban terroríficas con el fulgor de los relámpagos atrapados por el

pararrayos del castillo y los truenos que sacudían la casa como si se tratara de un terremoto. En aquellas ocasiones, Rosa y yo nos metíamos aterrorizados en la cama de la abuela, que solo en esas circunstancias excepcionales mostraba cierta comprensión y, tras muestras de fastidio, acababa por tolerarlo.

La carretera que bordeaba el jardín de Villa Rosa conducía al cementerio. Rosa, Mari Nuri y yo nos apostábamos en la pérgola casi derruida, pero cubierta aún por un rosal de diminutas flores blancas, para observar a escondidas las comitivas fúnebres, carrozas tiradas por caballos azabache con crespones y, tras el cristal, el ataúd cubierto de crisantemos. Los hombres, de negro, iban detrás. Las mujeres en aquella época no acudían a los entierros.

Una mañana vimos el cortejo funerario de una niña de apenas diez años. El ataúd estaba abierto y se la veía con el traje de la primera comunión. Su cara azulada nos perseguiría en sueños. Mari Nuri aseguraba que había muerto ahorcada. Creo que el conductor de la siniestra carroza era el herrero del pueblo, un hombre al que me fascinaba ver trabajar y con quien no nos permitían hablar porque de su boca solo salían, en palabras de la abuela, «*renecs*» o blasfemias. Pero yo me escapaba para observar cómo herraba los majestuosos percherones y escuchar la retahíla de barbaridades que profería. «*Hòstia puta!*» o «*Em cago en els collons de Deu!*», explotaba cuando se movía el caballo o la mula mientras estaba en plena faena.

El herrero tenía los ojos profundos y tan negros como su cabellera descuidada; la nariz era ancha y de los labios carnosos colgaba siempre un humeante caliqueño que no se quitaba de la boca ni para renegar. Se protegía de las chispas de fuego con un gastado peto de cuero que mostraba parcialmente un pecho cubierto de pelo ensortijado. Olía a sudor y a caballo.

Yo me quedaba embobado viéndole golpear con furia el hierro candente sobre el yunque mientras las chispas centelleaban a su

alrededor y con el pie le daba a un pedal de bicicleta que accionaba un fuelle. Cuando por fin obtenía la deseada forma de herradura, introducía la pieza, aún incandescente, en un cubo de agua, produciendo un sonoro «shhhh» que lanzaba una columna de humo azulado a jugar con los haces de luz que se colaban por el respiradero del techo.

Un día, una mula con malas pulgas se dio media vuelta mientras la herraba y le clavó los dientes en la mano, de la que brotó abundante sangre. Y entonces, sin ningún pudor, el herrero se apartó el peto y desenfundó un grueso pene del que brotó un chorro de orina con el que se lavó la herida.

Todo era irreal y mágico en aquella estancia penumbrosa, y desde entonces me inquietaron los herreros, considerados cercanos al inframundo y que en muchos lugares de África forman una casta temida por estar en contacto íntimo con los demonios. Muchos años después, en El Prado, ante *La fragua de Vulcano*, me golpeó el olvidado recuerdo del herrero de la infancia y me di cuenta entonces de la innegable atracción que había sentido en aquel momento por aquel hombre salvaje, auténtica reencarnación de Hefesto, aunque el dios de Velázquez no era precisamente el hombre rudo de la mitología que yo asociaba más bien con los pilosos y sudorosos herreros que lo acompañaban en la escena.

Algunas tardes nos daba por rellenar ropas viejas con trapos hasta darles forma de cuerpo humano, que colgábamos de una rama del cedro del jardín. Con cualquier excusa, enviábamos al árbol a mi hermana pequeña, Montse, y a sus amigas. Regresaban aterrorizadas. No recuerdo de dónde saqué la idea de los ahorcados, quizá de retazos de conversación sobre aquella niña muerta y azulada que habíamos visto en el féretro a través del cristal de la carroza funeraria.

El cementerio nos producía pavor a Rosa y a mí. La cancela siempre permanecía cerrada con un gran candado. Pero un día advertimos que la verja estaba entreabierta y nos adentramos en el lugar temido. Con la inseparable Mari Nuri, caminamos entre las tumbas leyendo los epitafios. Un nicho profanado dejaba ver los

restos de una mujer con una abundante cabellera de estropajo. Mi hermana jura y perjura que tenía las uñas de los pies crecidas y retorcidas. Tal vez teníamos un atracón de películas de la Hammer proyectadas en el casino del pueblo y de las inspiradas en la supuesta maldición de Tutankamón, según la cual las momias de los faraones ejercían despiadada venganza sobre los profanadores de sus sepulcros.

Mari Nuri nos hablaba de los fuegos fatuos que se veían surgir de las tumbas por la noche, pero la férrea disciplina de la abuela nos impedía ir a comprobarlo. Nunca bebimos el agua de la fuente que brotaba junto al cementerio. En la húmeda pared de roca crecían berros silvestres y las arañas habían tejido redes de seda en las que brillaban diminutas perlas de agua. En el cristalino estanque que se formaba nadaban los tritones y bebían grandes libélulas rojas. El envejecido caño de madera recordaba a un hueso. Nuestra fiel amiga aseguraba que era humano y que no se nos ocurriera beber porque, además, el agua había fluido entre cadáveres.

Más allá del cementerio, el camino se estrechaba entre lentiscos y matas de romero. A nuestro paso, los saltamontes brincaban y las mariposas revoloteaban entre las flores de jara o las rosas silvestres. Las cigarras cantaban con fuerza insistente. Mi mayor felicidad era cuando encontraba una mantis o un insecto palo. De noche abundaban las luciérnagas y los grandes lepidópteros nocturnos de tacto de terciopelo. Recuerdo a mis primos persiguiendo con sus cazamariposas a los pobres insectos y clavándolos después con alfileres en tableros de corcho. Los pobres aleteaban a espasmos hasta que en un último estertor quedaban exangües. Me maravillaban las mariposas atigradas, que allí llamaban *zebrades*, y durante un tiempo me dediqué a coleccionar preciosas orugas a las que alimentaba con las mismas hojas de las plantas en que las había encontrado. Las conservaba en una caja de zapatos hasta que tejían sus crisálidas y unas semanas después salían metamorfoseadas para batir las alas y al fin volar. A veces, durante los días de calor, veía cómo alguna serpiente atravesaba la carretera. En una ocasión, mientras estaba repasando mi colección de cromos de *Los*

diez Mandamientos en una terracita de la casa, me sorprendió un golpe seco como si se hubiera desprendido un pedazo de la fachada. Atónito vi cómo, a los pocos segundos, aquello pareció recobrar vida y advertí una cabeza de serpiente que emergía del ovillo de piedra. Poco a poco, el reptil se desenrolló y desapareció elegante y sinuoso. Una vez, me sorprendió el silencioso planear de un águila que se abalanzó sobre una culebra para atraparla con sus garras y llevársela retorciéndose por los aires.

El camino del cementerio proseguía hacia Can Oliveres y continuaba hasta el Castell dels Moros, conocido como el castillo de «irás y no volverás» porque, según contaba Mari Nuri, habitaban en él los espíritus de los «moros» muertos en el asedio, que se vengaban de quien se atreviera a profanar aquel lugar maldito. Ya entonces soñaba con visitar algún día las tierras sarracenas que tanto terror parecían provocar.

Ahora ya todo es un sueño. Una autopista linda con Villa Rosa discurriendo sobre el río de los remolinos, y en la Font dels Gitanos, donde acampaban los zíngaros con sus carromatos, se yergue una nave industrial.